

Homilía de Mons. Rafael Zornoza, Obispo de Cádiz y Ceuta en la Ordenación de Presbítero y Diáconos

S. A. I. Catedral de Cádiz, a 30 de septiembre de 2023

Queridos hermanos todos; queridos Jesús, Anthony, Bryan y Daniel:

Demos gracias a Dios por el don del sacerdocio y del ministerio pastoral en la Iglesia. En el sacramento del Orden somos llamados por el Señor a servir al Pueblo de Dios, enviados para que cada uno de los bautizados llegue a ser santo, a vivir plenamente como hijo de Dios, miembro de Cristo, templo del Espíritu Santo. Jesús os ha llamado por vuestro nombre para que prolonguéis su misión en el mundo, lo que supone que vuestra vida sea transparencia de Cristo el Señor, el único Pastor, el modelo de la vida cristiana y sacerdotal. Este modo de seguir al Señor exige de nosotros vivir una vida entregada por Él y por los hermanos, y la aspiración a ser siempre imagen viva de Jesús, Nuestro Señor.

Los sacerdotes y diáconos, en estos tiempos de secularización, de desvinculación, de fragmentación y liquidez, somos llamados a participar en los *“duros trabajos del Evangelio”* (2Tm 1,8). Por ello, al experimentar vuestra pobreza y pequeñez, exclamáis como el profeta: *“¡Ay, Señor Dios mío! Mira que no sé hablar, que solo soy un niño”* (Jer 1,6); y sentís, como San Pablo, que *“llevamos este tesoro en vasijas de barro”* (2 Cor 4,7).

No podéis olvidar nunca que es el Señor quien ha tenido la iniciativa, quien os ha llamado, como a Jeremías, desde siempre, sin improvisación: *“Antes de formarte en el vientre, te elegí; antes de que salieras del seno materno, te consagré: te constituí profeta de las naciones”* (Jer 1, 5). ¿Recordáis a qué se debe vuestra vocación? ¿Es acaso el resultado de un proyecto particular o de una búsqueda de éxito en la vida? No. Fue el Señor, que entró en vuestra vida y os cautivó con su amistad, con su llamada, con la belleza de su amor, y revolucionó vuestra existencia hasta el punto de dejarlo todo para seguir sus pasos. La misión encomendada viene de una iniciativa misteriosa, es un don de Dios que os dice: *“—No digas que eres un niño, pues irás adonde yo te envíe y dirás lo que yo te ordene. No les tengas miedo, que yo estoy contigo para librarte —oráculo del Señor—”* (Jer 1, 7s). Como dice el profeta, *“el Señor extendió la mano, tocó mi boca y me dijo: —Voy a poner mis palabras en tu boca”* (Jer 1, 9). Él es el Señor de la vida, el Señor de la historia. Él ha vencido al mundo y os dice que no tengáis miedo, que no se turbe vuestro corazón ante las dificultades; porque Él siempre da la fuerza y la gracia para llevar a término la misión encomendada. Como dice San Pablo: *“Por esto, encargados de este ministerio por la misericordia obtenida, no nos acobardamos”* (2 Cor 4, 1). Cuando uno vive el ministerio desde la fe, la esperanza y la caridad, uno se siente seguro y descubre que siempre lo mejor está por llegar. ¡Qué bueno es el Señor! ¡Cómo nos ama y nos protege! ¡Qué felices nos hace Jesús!

Hermanos, no nos acobardamos, pues, pero tampoco olvidemos dónde está nuestra seguridad y la garantía de nuestros frutos apostólicos. *“Ya no os llamo siervos –nos dice Jesús— porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer”* (Jn 15, 15). Para cumplir esta sagrada misión sois ungidos y consagrados por el Espíritu Santo, por lo que es preciso plantear vuestra vida en clave de santidad. No sois trabajadores de una empresa que pueda conformarse con empleados cumplidores, responsables y eficientes. Vuestra vida sólo se entiende como una ofrenda, es decir, profundamente asociados a Cristo sacerdote y víctima que se entrega para la redención del mundo; sois, igual que en la Eucaristía, como pan partido y repartido, desgarrado y desgastado sin límites para dar a conocer el amor infinito de Dios. Esta entrega sin reservas abarca toda nuestra existencia, a tiempo completo, siguiendo a Jesucristo pobre, casto y obediente, y haciendo que vuestra vida fructifique por la caridad pastoral en el servicio a los hermanos. En resumen, estáis llamados a ser santos sacerdotes, ministros de Dios que con la mente de Cristo, con mirada sobrenatural, renuncian a sí mismos para hacer la voluntad del Padre; que saben vivir ocultos entre el clamor y el ruido, que renuncian a la búsqueda de ese prestigio y éxito que a menudo se convierte en criterio, e incluso en objetivo de vida, de tantas personas de nuestra sociedad. Recordad siempre que sois sacerdotes en Cristo Jesús. Seguidlo conformando vuestra vida con su Cruz. Cuando he preguntado al Rector del Seminario: *¿Sabes si son dignos?*, lo que realmente he de comprobar es si conoce que llegáis al ministerio dispuestos a vivir un discipulado permanente. Aplicaos estas palabras del Papa Francisco dirigidas a los sacerdotes: *“El sacerdote es una persona muy pequeña: la inconmensurable grandeza del don que nos es dado para el ministerio nos relega entre los más pequeños de los hombres. El sacerdote es el más pobre de los hombres si Jesús no lo enriquece con su pobreza, el más inútil siervo si Jesús no lo llama amigo, el más necio de los hombres si Jesús no lo instruye pacientemente como a Pedro, el más indefenso de los cristianos si el Buen Pastor no lo fortalece en medio del rebaño. Nadie más pequeño que un sacerdote dejado a sus propias fuerzas”* (Papa Francisco, *Homilía en la Misa Crismal*, 17 de abril 2014).

Hijos queridos: la iglesia necesita sacerdotes enamorados de Jesucristo, configurados con Él, con una fuerte experiencia de Dios que se alimenta continuamente en la oración como centro que unifica todo su ministerio y toda su existencia, oyentes de la Palabra para ser maestros de la fe y la oración. Por eso *“no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús”* (2 Cor, 4, 5). Vivid la Eucaristía como médula indispensable de vuestra vida y en vuestra acción pastoral. Que la celebración eucarística exprese vuestra unión con Cristo y la intensifique. Que vuestro amor al Santísimo Sacramento se haga caridad en el servicio a los más necesitados de esta sociedad herida y enferma, siendo sacerdotes de los que sufren. Quien ofrece su vida al Padre recibe la gracia para entregarse a todos, alimenta su caridad pastoral y renueva e impulsa su ministerio con los hermanos, especialmente con los más desfavorecidos. Cuidad de los pobres, de los heridos de la vida, de los desvalidos. Por ello, no seáis ministros de la mundanidad, sino desprendidos de todo, con

disponibilidad misionera para evangelizar donde sea necesario *“para que resplandezca el conocimiento de la gloria de Dios reflejada en el rostro de Cristo”*. (2 Cor 4, 6b)

Habéis de ser fieles a la misión. *“No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca”* (Jn 15, 16). A la predilección que el Señor ha mostrado con vosotros corresponde esa respuesta generosa a su llamada capaz de empeñar la vida en el sagrado ministerio, para ser prolongadores de la misión que Cristo recibió del Padre y de la cual os ha hecho partícipes *“para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros”* (2 Cor 4, 7). Revisad, pues, constantemente, vuestro celo apostólico: no somos funcionarios, no podemos conformarnos con prestar un servicio. Sufrid, como una herida dolorosa, la increencia de los alejados, la apatía de los incrédulos, la búsqueda tácita de los inquietos y desesperanzados. Porque sois enviados como apóstoles del Señor, vivid el sacerdocio como don recibido de Dios para dárselo a su pueblo. *“Os daré pastores según mi corazón”* (Jer 3,15). Ese origen y destino del sacerdocio es el mejor antídoto ante cualquier tentación de vanagloria; no hay más autoridad ni poder que el servicio en el nombre del Señor.

Sed sacerdotes que hacen de su existencia una ofrenda agradable al Padre, un don total de sí mismos a Dios y a los hermanos, siguiendo el ejemplo de Jesús, que cumple la voluntad del Padre dando su vida en la Cruz para la salvación del mundo, que *«no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por la multitud»* (Mc 10, 45). Los sacerdotes vivimos en medio de la sociedad haciendo del servicio a Dios y a los demás el centro de nuestra existencia, que consiste en aceptar la voluntad de Dios, ofrecer la vida en totalidad, y gastarse y desgastarse por los hermanos, especialmente por los más pobres y pequeños, a los que hay que acompañar.

Pidamos al Señor la gracia de ser verdaderos hombres de comunión, que viven la unión con Dios y con los hermanos como un don divino, aceptando los carismas que enriquecen a la Iglesia dentro de una unidad en la que todos los dones del Espíritu son importantes para la vitalidad de la Iglesia; pero, asimismo, desde el convencimiento de que la unidad es la condición indispensable para ser creíbles en el anuncio del Evangelio de Jesucristo. Por eso hemos de curar las heridas, dialogar con todos, promover la reconciliación con Dios y entre nosotros, hacer de cada parroquia, de cada comunidad cristiana, una familia de hermanos. Os exhorto a vivir la comunión hasta la extenuación, sin reservas, sin limitaciones, sin prejuicios, con eclesialidad, con obediencia y humildad. *“Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor”* (Jn 15, 9). Vivid la fraternidad sacerdotal. Solo el amor a Jesucristo vivido en comunión con el obispo y el presbiterio nos libra de buscar los lugares cómodos dentro de la Iglesia. Ama donde seas enviado, donde vayas, donde estés. Quered a la gente y que la gente lo note, buscad y atended a cada uno como lo hace el Señor que nos llama por nuestro propio nombre. Y quered mucho a la Virgen María, madre de los sacerdotes. Acudid al corazón de María, la

Virgen, y rezad con ella el *Magnificat*, la mejor oración para asumir con gratitud vuestra misión.

Sacerdotes concelebrantes, que sois veteranos en el ministerio: pidamos al Señor una vez más la gracia de estrenar cada día nuestro sacerdocio, de recobrar el fervor primero que a veces puede experimentar desgaste o altibajos a causa de nuestra debilidad. Queridos fieles: supliquemos a Dios por las vocaciones sacerdotales, imprescindibles para que la Iglesia viva y se fortalezca. Plantead a todos la vida como vocación de modo que especialmente los jóvenes aspiren tan sólo a servir, haciendo la voluntad de Dios donde Él les pida. Y vosotros jóvenes, no tengáis miedo a responder a la llamada del Señor que nos hace tan felices y nos enseña a amar. "*Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud*" (Jn 15, 11). AMEN.